

LA TOTALIDAD SOCIAL: ¿HACIA UN MATERIALISMO MARXISTA?

Carlos J. Blanco Martín

Filósofo, IES "Juan d' Opazo", Daimiel-Ciudad Real

Resumen.- Este trabajo no alberga ninguna pretensión de originalidad. En realidad los lectores van a encontrar muchas paráfrasis de Marx, Engels y Lenin. Pero he llegado a la convicción de que la vanidad de muchos filósofos, expresada en su afán de acuñar neologismos y la voluntad de crear sistemas "originales" es lo que menos se necesita en estos tiempos. En especial es así en todo lo que tiene que ver con nuestra sociedad y con los conceptos necesarios para abarcarla. He procurado mantener un vocabulario sobrio, tomado de aquellos tres clásicos y de toda una tradición de crítica y análisis social, así como un *mínimum* tomado de la tradición filosófica racionalista en general. El uso particular que he dado a los términos ya es harina de otro costal. Pero siempre he preferido hacerlo con el máximo de claridad. Por último: igual que Marx se vio forzado a declararse hegeliano contra los mediocres que trataron al gran idealista como un "perro muerto", ¿no será tiempo para que muchos "materialistas" hagan lo propio con Marx mismo, y se declaren "marxistas"?

1. ANALISIS Y CONCEPTO DE UNA FORMACION SOCIAL

El análisis de una formación social es un momento indispensable para su destrucción consciente. Si la disolución de las formas actuales de dominación (Estado, Derecho) constituye un *fin*, el análisis científico de las mismas es siempre uno de sus *medios*. El análisis requerido no puede aparecer, en su conjunto, como un proceso simple. El proceso analítico consta de fases ajustadas al periodo histórico en el que se vive. Se trata de un proceso complejo, pero no de una ciencia imposible. No hay imposibilidad ontológica o gnoseológica previa que impida la crítica racional y la investigación científica de los fenómenos políticos, sociales y económicos que, en su conjunto, figuran como elementos del despliegue de una formación social. En la ciencia social y política no hay motivos para sentirse abrumados ante la "complejidad" de tales fenómenos, puesto que también en las ciencias naturales se explican muchos hechos de igual o superior *complejidad*(1)

No es el "material" el que impone por sí mismo las dificultades. Es "alguien"; todo un colectivo de sujetos, una clase, es decir, una coalición de intereses subjetivos, que interponen una mampara es el proceso de investigación, desde su misma génesis. Una ciencia social que se ha liberado de los infundados temores ante la "complejidad" intrínseca de sus fenómenos, ante las dificultades concomitantes al proceso de esquematización y explicación de los mismos, será una disciplina con varios pasos adelantados. Si el propósito último de esta ciencia es la disolución del orden social vigente, entonces nos situamos en el marco, aparentemente contradictorio, de una "ciencia ideológica". Pero la ideología de la que vamos a hablar pretende ser una representación que tendrá la capacidad de absorber críticamente a las

alternativas. Será una ciencia, o algo similar, desde el momento en que es capaz de criticar (clasificar, establecer comparaciones y distinciones, emprender jerarquías) de entre todas las ideologías conocidas; será capaz de entenderlas y explicarlas en el curso de su tiempo, en el contexto de lucha de facciones y clases que producen esa ideología, en relación con el modo de vida de quienes la fabrican y la contrastan con visiones alternativas. Esta disciplina "ideológica" es *ciencia* puesto que aporta esas explicaciones y críticas. Es también *ideología* desde el momento en que la elabora una clase social frente a otras clases rivales o, simplemente, distintas. Pero es una ideología llamada a representar a la humanidad entera, en un proceso *totalizador* que me propongo exponer. En cualquier caso, esta ideología ha de tener una coherencia interna. Ha de ser una "construcción", resultado de la crítica y de la autocritica, producto de las adaptaciones, reajustes y elaboraciones que la marcha de los tiempos demanda. Sobre todo, ha de ser una construcción racional; producto de una trabazón interna impecable y eficaz en sus razones para explicar el mundo y para superar el contraste crítico con las ideologías alternativas. Tiene que ser, en definitiva, resistente a la "tiranía de los hechos". Solamente así, esta ciencia ideológica se constituirá como una buena herramienta en manos de quienes están llamados a subvertir el orden social vigente, en tanto que éticamente aborrecible y materialmente incompatible con la vida humana.

La ciencia social que se encara con realidades y manifestaciones de una formación social (Estado, Derecho, otras ideologías) es, pues, una "ciencia ideológica" (y a mucha honra) porque se sabe nacida en el seno mismo de esa sociedad, objeto de sus análisis. Al igual que esa materialidad que pretende analizarse, la ciencia ideológica es también una figura histórica, más o menos sistematizada, más o menos dotada de una forma y de una objetividad, Ella misma, como ciencia y como tradición, es producto de la historia.

No lo ocultamos. A estas alturas ya resulta evidente. Esa ciencia de la que hablamos es el *materialismo histórico*. En las líneas que siguen vamos a ofrecer el programa de lo que ha de ser esa ciencia ahora, que tanto se la persigue nuevamente, hoy, que tanto cacarean acerca de su muerte. Junto con el cuerpo de Lenin, se pretende enterrar a toda una "tradición". Pues bien, como figura histórica, como tradición literaria, intelectual y agitadora, el marxismo se ha quedado por aquí, en el mundo de los vivos. No hay quien le entierre. Puede haber estado un tiempo embalsamada, pero la persistencia de su tradición le dota de un cierto estatus de realidad objetiva. Ahora es preciso proporcionarle un nuevo impulso de vida. La reacción feroz que ha seguido a la caída de la U.R.S.S. ha puesto al descubierto a muchos sepultureros del marxismo quienes, adelantándose en sus actas forenses, decretan que el perro se ha muerto. Difícil será enterrar una tradición de pensamiento y praxis que, al menos en sus soportes materiales, ya es imborrable. ¿Quién es capaz de iniciar una censura y un olvido sistemáticos, siquiera contra un "marxismo embalsamado"? Millones de textos, cintas magnéticas, registros informáticos, internet, etc., deberían desanimar al censor más implacable. Siempre quedarán sujetos que lean, actúen, piensen en una línea de análisis marxista. Pero, aparte de los registros objetivos de esa tradición, cuando menos literaria, está la agravación de las condiciones materiales ante las cuales un pensamiento crítico surge como respuesta. El hecho es que esta ciencia ideológica,

constitutivamente, no puede quedarse en un estado de hibernación. Las vigentes condiciones de monopolismo, concentración y acumulación, las nuevas situaciones de explotación y alienación que se conocen en el mundo y en España, hacen que la "tradición" dormida se vuelva algún día tan terrible como el Ave Fénix. La tradición resurgida, completada (no amalgamada) con nuevos elementos de crítica y contestación que ya han surgido en todo el orbe, se hace viviente para combatir una situación. Los hombres hacen su historia, y la historia, guste o no, aún no ha terminado.

Repitamos la tesis. La "ciencia ideológica" es una ciencia histórica. Surge en la historia, se dibuja en el contexto de los hechos y de los cambios históricos y, en gran medida, constituye una respuesta a ellos. Este conocimiento siempre surge a la zaga de la marcha de los cambios históricos. Inicia su andadura y sigue el sentido de las transformaciones, ajustándose al ritmo y a la intensidad de las fuerzas (productivas) que impulsan los cambios. La ciencia ideológica surge en el seno de las relaciones sociales que, a veces se corresponden (y a veces se contradicen) con las fuerzas de la producción en un momento histórico dado. En este sentido, ella misma es un subconjunto de relaciones tomadas del sistema global de las relaciones productivas y políticas en general y contribuye, en un sentido que vamos a desarrollar, como superestructura material y activa, desde su aparición (mitad del siglo XIX) un elemento básico de modificación social.

La historia no es una masa homogénea de hechos, ni una sucesión uniforme de acontecimientos. De manera semejante a la evolución biológica, hay transiciones cualitativas y "saltos" hacia la novedad. La ciencia ideológica aparece como uno de estos últimos. No es una tarea exenta de interés la búsqueda de antecedentes (economía política inglesa, socialismo francés, idealismo alemán, materialismo francés, humanismo de Feuerbach...). Sabido es que las ideologías no aparecen de la nada, sin empalmar con tradiciones previas. A su vez, el materialismo histórico ha sido en gran parte la "conciencia" bajo la que se ha luchado política y militarmente en innumerables lugares del mundo. Pero antecedentes aparte, la historia ha conocido este salto a la novedad, vale decir, hacia una conformación ideológica sistemática y racional que exige el gobierno de la sociedad misma sobre los asuntos básicos de su producción. Guste o no, el marxismo se parece a un arma que puede estar cargada o sin munición. Como arma descargada se la podrá mostrar incluso en los museos, y enseñar en las universidades. Como arma que dispara, el marxismo se realiza en la historia en todas esas innumerables luchas y revoluciones.-

Momentos previos, indispensables, para emprender ese salto hacia la novedad fueron: el triunfo del racionalismo (siglo XVII) y la Ilustración europea (siglo XVIII). Hasta entonces, las "formas ideológicas" sólo revestían ropajes religiosos, utópicos o milenaristas. Bajo el imperio de la Razón, el materialismo ideológico debía buscar la coherencia interna, y establecerse en continuidad con los métodos y resultados de las ciencias matemáticas y naturales. El materialismo ideológico debía resistir la crítica y las evidencias, así como probar él mismo su fertilidad analítica, en forma científica (materialismo histórico).

La realidad concreta recibió de Marx la denominación de "formación social". Desde el punto de vista lógico no ha podido ser más acertada la expresión. Las teorías románticas buscaban una esencia o una colección de rasgos que pudieran predicarse de un sistema social: "nación", "patria", "pueblo". Estos rasgos solían ser una mixtura de propiedades físicas y espirituales. Hoy en día todavía se invocan descaradamente: la sangre, la lengua, la religión. La colección de propiedades con las que nace cada individuo, o de las que se infunde por vivir en esa comunidad y pertenecer a esa cultura, conforman un intensión o esencia de la sociedad, intensión que al tiempo sirve para demarcarla de otras comunidades metafísicamente distintas. El animismo o espiritualidad supuestas a cada individuo, un ser viviente y distinguible de otros seres humanos, es traspasado a una entidad colectiva y suprahumana, de la que se constata un *status* de realidad igualmente espiritual y viviente. De forma recíproca, esa totalidad (usurpando las funciones del Dios cristiano) infunde a quienes la integran, y les hace partícipes "por esencia" de ella.

En Marx, por el contrario, el primer sentido que le debemos dar a la expresión "formación social" es muy simple. Para empezar, constituye *algo que se ha formado*. Esta es una proposición elemental del materialismo histórico: las sociedades que debe estudiar son figuras históricas. En la ciencia ideológica se debe analizar lo concreto actual, comenzando por la primera crítica y la primera sacudida que sufre su objeto: viéndole en proceso, acentuando su historicidad. La proposición que hoy puede parecer simple y verdadera al estilo de Perogrullo es la primera sacudida fuerte contra la idea de un orden social eterno, que siempre ha sido y será igual. Lo "concreto-actual", por así decirlo, es puesto en perspectiva. Esta primera operación aún no constituye un análisis en el sentido completo y acabado, pero demarca el tipo de ciencia que es el materialismo histórico frente a la economía y en contra de las demás ciencias sociales ahistóricas. Lo concreto-actual ha devenido, se ha producido desde procesos y fuerzas históricas. Estas, en su despliegue, arrojan diversos "aspectos" o "formas", de las que hablaremos.

La formación social comprende a las gentes que viven en ella, con independencia del sentimiento o conciencia de su pertenencia a la misma que estas gentes desarrollen, tanto el sentimiento que un grupo o clase autoelabora como el sentimiento que elaboran los grupos que le son ajenos (considérese, por ejemplo el tema de la esclavitud en la historia, o el problema de la "ciudadanía" frente a los "espaldas-mojadas" en la Unión Europea y en E.E.U.U. y así se comprende la exclusión formal-imaginaria de personas materialmente integradas y necesarias). Una formación social, como la española, por ejemplo, exhibe unos rasgos accesibles a la percepción inmediata (son rasgos "prototípicos", no esenciales). Territorio, lengua, raza, costumbres, credos. A su vez hay elementos constituidos, mucho más objetivables que los anteriores, como el Estado y el Derecho, las constituciones. Estos son elementos que se han difundido, reproducido e implantado por todo el mundo con unas semejanzas impresionantes. La formación social española se ha constituido también en Estado, por medio de procesos e influencias que deben buscarse --en parte-- en el exterior de ella misma. Porque una formación social nunca es un ente aislado de un entorno, y ahora lo es menos que nunca.

El Estado es una *superestructura*, según la jerga clásica de los marxistas. Marx había empleado una metáfora arquitectónica. Toda formación social debe ser abordada por esta distinción dual: la base o cimiento de la sociedad, y las superestructuras que se alzan sobre esa cimentación: Derecho, Religión, Estado y demás ideologías. La distinción es muy útil en la ciencia social positiva, pero ha sido objeto de críticas y confusiones. El carácter abstracto de esta distinción la convierte en un fragmento de la teoría marxista inasequible a los espíritus más empíricos y nominalistas. Sin embargo, bien entendida y mejor utilizada, es extraordinariamente valiosa en la ciencia social.

La base económica de las sociedades de Europa occidental puede designarse con la expresión "régimen capitalista de producción". El capitalismo no se deja reducir o definir exhaustivamente con alguno de estos rasgos prototípicos, pero por el momento, los siguientes le son familiares a todo el mundo: "libre empresa", "propiedad privada", "producción destinada al mercado", "extracción de plusvalía". Ninguno de estos rasgos, aparentemente puros en lo que hace a su pertenencia a las categorías económicas, *serealiza* en la práctica, no se presenta en la historia, sin un ordenamiento jurídico concomitante con las relaciones económicas. Tal es el caso, que algunas de las expresiones empleadas para designar nuestro régimen de producción vigente ("propiedad privada") son, en rigor, expresiones jurídicas al cien por cien y, sin embargo, denotan inmediatamente un determinado tipo de producción e intercambio económicos. En definitiva, un determinado modo de producción se ve envuelto desde antes de su origen en una nebulosa de códigos, jergas e ideologías jurídicas. Con esa nube había de empalmar la nueva ideología secretada por la inminencia de las necesidades productivas. La ideología nueva y la vieja empalman en la medida en que pueda darse coherencia, y de un modo en que aumente su adaptación y eficacia a los nuevas formas de vida. Aquellos ordenamientos incompatibles con el nuevo régimen productivo son desplazados o destruidos, como fue el caso del ordenamiento de los gremios. Los gremios impedían la consideración del trabajador como entidad "suelta", lista para comprarse y venderse en un mercado laboral semejante en su naturaleza a cualquier mercado capitalista.

En el caso de otras superestructuras, la ligazón íntima entre las mismas y sus bases está mucho más oscurecida que en el Derecho. Así, en lo que a superestructuras políticas se refiere, hace un siglo parecía evidente que el régimen que mejor convenía a la burguesía para una cómoda expansión del modo capitalista de producir era la república democrática o la monarquía constitucional. El siglo XX, por el contrario, nos ha deparado variedades superestructurales insospechadas. Algunas de ellas son auténticas "monstruosidades" en relación con las teorías marxistas clásicas. Los fascismos europeos o las dictaduras militares sudamericanas son buenos ejemplos de cómo el modo capitalista de producir se abre camino, se potencia y se apoya en superestructuras morfológicamente diversas, y que nada tienen que ver con un ordenamiento democrático. Estas "monstruosidades" significan una lección histórica que todos debemos aprender: el modo de producción capitalista no está comprometido necesariamente con unas "formas" democráticas de existencia política (parlamentarismo, elecciones, libertad de partidos, constitucionalismo, libertades de expresión y de asamblea, etc.). Muy por el contrario, el marxismo moderno sabe —por regla general—que la

camarilla de grandes accionistas y capitanes de los grandes imperios económicos utilizan el "medio ambiente" político del Estado, en el que operan y al cual dirigen y controlan a la medida de sus negocios. Lo mismo puede decirse de amplios sectores de la clase media en muchas condiciones concretas de fascismo o dictadura (Alemania de Hitler, España de Franco) y que constituyen "el apoyo de masas" de esos regímenes, por cuanto que ellos garantizan valores muy caros a esa clase social: "orden", "seguridad", etc. Un paso más allá se da en la tesis siguiente: el capitalismo sólo sobrevive en determinadas áreas nacionales por la vía político-militar, por lo general debido a la interferencia de potencias extranjeras (imperialistas). Parece, desde la I Guerra Mundial, y desde las tesis de Lenin, como si la determinación en última instancia que ejerce la economía sobre el resto de la sociedad sólo fuera válida en el marco nacional de una formación relativamente ajena a distorsiones comerciales con otros países y, en general, relaciones externas (guerra, diplomacia). Y debemos entender que la "globalización de la economía" desemboca en el dominio de las superestructuras para velar por y dirigir a esa economía a una escala mundial. Así es la dialéctica de la historia que se esconde tras aparentes paradojas. Desarrollaremos más abajo estas cuestiones.

La sociedad civil (léase, la base económica), cuando se haya suficientemente desarrollada, es inseparable de una sociedad política (Derecho, Estado). En los pueblos pre-estatales, las únicas superestructuras detectables serían las correspondientes a las creencias mágico-religiosas y las prácticas consuetudinarias. En formaciones más desarrolladas (vale decir, con *fuerzas productivas* más desarrolladas), la vida social se presenta como una estructura de fenómenos. Esta vida fenoménica, práctica, en la que todos nos desenvolvemos –y con diferentes grados de conciencia de los resortes que la mueven– es por definición una "mezcla" de componentes básicos y superestructurales. La sociedad en la que vivimos sólo es una. No hay, en ese plano fenoménico, el de vida práctica y real, una delimitación ontológica entre sociedad civil y política. Este dualismo clásico sólo debe ser admitido a efectos analíticos; pero la vida práctica, la que se compone de fenómenos reales, no sabe de "distinciones". Las distinciones conceptuales pertenecen a la esfera de un determinado tipo de conciencia. Cuando llevamos una distinción conceptual de la esfera de la conciencia a la práctica social, real, estamos *realizando una ideología*. En el fondo, todos realizamos ideologías y es imposible no hacerlo. Estamos hablando de la ideología como elemento integrante -real- de la vida fenoménica social, cotidianamente determinada por la producción y que posee, como plasmación material más evidente, la distribución del tiempo, de las ocupaciones, la división del trabajo, etc.

Antes de dividirla en dos, los clásicos de la Política contaban con una unidad social, en la cual habitaban y desde la que reflexionaban. Era *su totalidad social* (2). Sólo una formación es la que se aparece como un todo dinámico que arrastra consigo, por así decirlo, rasgos y órganos suyos. Aquí el organicismo es de cierta utilidad para conocer las limitaciones del análisis social (un pie, desgajado de su cuerpo, no puede echar a andar por sí solo...). La sociedad civil, la base, produce una sociedad política en una determinada fase histórica, de un modo semejante a la evolución morfológica: unos determinados organismos biológicos se hacen lo suficientemente diferenciados como para

requerir órganos especiales (pero partes suyas) que les resultan útiles en determinados propósitos específicos dentro de un marco global de supervivencia de la especie y de adaptación del organismo. El sistema de producción de órganos superestructurales en el seno de una totalidad social es, en este sentido, análogo al sistema de diferenciación biológico que ocurre en los seres vivos a lo largo del tiempo. Primero, los hombres que viven en sociedad producen para vivir, producen a su vez unos medios de producción, y se reproducen de un cierto modo. La sociedad reproducida y ampliada crea necesidades añadidas, lo que imprime determinadas transformaciones a su vez en la producción, en los medios para emprenderla y en el sistema biosocial de reproducirse. Conforme a sucesivas transformaciones de esos tres componentes (que al entrecruzarse resultan en la sociedad misma) van sucediéndose en el tiempo histórico determinadas diferenciaciones, sin que ninguno de los tres componentes mencionados sufra como tal una mengua de su importancia en el transcurrir del tiempo. Son tres determinaciones sociales esenciales: producción, reproducción y producción modificada (ampliada). Las diferenciaciones, en cambio, ya son formas contingentes con respecto a una fase histórica determinada, aunque dentro de esta fase desempeñan papeles causales de primera magnitud. Así, por hipótesis, si la esclavitud acabó diferenciándose como tal debido a las nuevas necesidades productivas (correspondientes con un incremento en la "fuerza" de las mismas), esta institución es nueva frente a las unidades sociales primitivas, pre-existentes (la familia, la *gens*, unidades de las que sólo expositivamente puede decirse que contuvieran "en germen" a la esclavitud). Tenemos ya una sociedad escindida en "libres" y "esclavos", y no —meramente— recortada según los sexos, o según la edad, por más que estas divisiones pre-existentes, primitivas, contuvieran la base o el germen de lo que luego sería una "clase social" diferenciada (esclavos). Una diferenciación ésta, la de la esclavitud, que provoca "variaciones correlativas" en las formas que se le oponen socialmente, en los hombres "libres" en tanto que *amos de esclavos*. Desde el momento en que aparecen clases sociales, ya ningún individuo tiene una "esencia absoluta" (aunque tampoco era así anteriormente, pero dejemos esta cuestión): la esencia del hombre libre es la de su propia clase, y la de su propia clase se conoce y se produce (sí, las esencias se producen) por medio de su antítesis, esto es, la clase que se le opone y que se ve dominada por aquella, la clase de los esclavos.

Un modo de producción constituye el sistema de relaciones sociales mediante las que una formación se abastece de sus necesidades primordiales, y dichas relaciones producen, además de bienes materiales y servicios que las personas prestan a los demás, toda una serie de estructuras ideológicas, jurídicas, políticas etc. Si el modo de producción del que hablamos es el capitalismo, hemos de decir cuanto antes que la "elaboración" política que resulta del capitalismo avanzado llega a envolver a la producción misma. Frente a las tesis funcionalistas o adaptacionistas, que creen ver una correspondencia o adecuación entre la base y las superestructuras, aquí sostengo que *el tipo de relación* misma es el que varía según el momento histórico del que estamos hablando. En momentos relativamente poco desarrollados del capitalismo, era posible establecer *correspondencias* entre (a) *un modo de producción* expansivo (aunque no definitivamente implantado) en países europeos del siglo XIX, y (b) y unas determinadas estructuras

políticas, revoluciones, vaivenes políticos, legislativos, electorales. etc. Hoy en día, la idea de las superestructuras como apéndices o excrecencias *instrumentales* de un modo de producción, producidas por este para desarrollarse ya no puede sostenerse por más tiempo. La internacionalización de la economía, el *modus operandi* imperialista tanto de las potencias como de las multinacionales atrincheradas tras ellas, la estrecha asociación entre la escalada bélica de la "periferia" y el modo militarista de producir en el "centro", el suculento negocio de las "ayudas al desarrollo", etc., todos estos fenómenos, constituyen síntomas suficientes para afirmar: (1) que el capitalismo ya está suficientemente desarrollado y que no hace uso de "nuevas" superestructuras instrumentales o funcionales para su expansión, o simplemente para su "engrase", (2) a falta de una oposición igualmente "internacionalista" por parte del proletariado y por parte de naciones, pueblos y demás clases dominadas, el capitalismo hipertrofia sus viejas instituciones, transformando (por así decir) los fines en medios y viceversa. Así, la guerra como medio de las potencias para repartirse el mundo (tesis leninista) entendido "el mundo conquistado" en un sentido aún económico, esto es, como lugares para nuevos mercados, fuente de materias primas, etc., se transforma en fin en sí mismo, en cualidad inherente al capitalismo: experimentación y mercadeo de armamentos, mantenimiento del sector básico industrial de una nación desarrollada, represión barata de los regímenes poco dispuestos a entrar en razones (mucho más barata que en tiempos de la contienda de Vietnam), ocasión lucida para la Cruz Roja, la O.N.U. y muchas O.N.G.s para justificarse y expandir sus nada despreciables imperios burocráticos, etc.

Es digna de comentario la idea, muy extendida incluso entre marxistas, según la cual la guerra era considerada una anomalía más o menos explicable a partir de la *base* capitalista de las naciones enzarzadas en la lucha, si bien algo externo en su naturaleza en relación con la marcha real de la economía. A menudo, se han referido a las dos guerras mundiales como resultado de causas *básicas*: crisis económicas, lucha por los mercados, y su expresión en forma de conflictos de clase *neutralizados* (el tema de la militarización de los obreros bajo banderas nacionales, *contra* Marx, quien dijo que un proletario no tienen patria). Pero estos análisis, si bien pueden ser correctos, no siempre han sacado a la guerra de su categoría de mero *fenómeno* o *efecto*, cuando la realidad vigente, hoy, a las puertas del año 2000, exige una consideración de la guerra y de su marco más amplio, el militarismo, como fundamento estructural, inherente, del capitalismo avanzado (imperialismo). Lo mismo podría decirse de otras "superestructuras", cuyo núcleo junto con la totalidad social que las envuelve, *ha evolucionado* hasta constituirse en *premisa* del movimiento mismo de un capitalismo: un modo de producción que, al decir de Marx, no perecerá hasta que haya deducido todas sus consecuencias, hasta que se hayan recorrido en acto todas sus posibilidades.

El modo de producción capitalista, hablando en lenguaje dialéctico, se metamorfosea en superestructuras político-militares que velan por su mantenimiento y expansión, pero que constituyen al tiempo premisas objetivas para su derrumbe. El sistema capitalista, en tanto que sociedad civil, ya no goza de buena salud, carece de impulso económico propio si no se hace valer de todo un aparato agresivo y defensivo de tipo político, militar, policial, etc.

En el caso de la formación social española, que nunca se ha destacado por ser "potencia" de primer orden en lo económico, y cuyo capitalismo ha sido más bien "importado", gozamos de unas oportunidades excelentes para análisis relativamente neutrales. Además, el estado español cambió sus formas políticas hacia la democracia formal, sobre una base igualmente capitalista --en su versión "poco desarrollada"-- que ya existía durante la dictadura de Franco. En este sentido, la formación social española se presenta como un ejemplo palmario, casi escolar, para comprobar la potencia de la distinción "base-superestructura" aplicada a una realidad concreta, distinción que no por ser abstracta (en el sentido que ha sido expuesto arriba) es oscura o difícil de entender. Tras la muerte de Franco, un hecho: la base económica del país no se modificó. La transición económica fue la más gradual de todas. El estado español continuaba situado en el mundo como lo que era: una pequeña (mediana) nación capitalista, con una fuerte tradición de capitalismo de Estado. Las superestructuras políticas cambiaron con la supervisión externa, que aquí tenía depositados sus intereses en forma de capital, y en forma de bases militares emplazadas estratégicamente. En el río revuelto de la transición, la eclosión de un estado socialista (*real*) en la parte más occidental de Europa, en plena retaguardia de la OTAN, hubiera sido fatal al bloque occidental. Se hacía imprescindible una transición controlada, vigilada *manu militari* si fuera preciso.

Cuando nos disponemos a analizar una formación social concreta, sin el auxilio de abstracciones o coordenadas como las de base y superestructura, podemos encontrar un sinfín de piezas y de procesos, todos ellos disímiles entre sí, de muy heterogénea factura. Por un lado, habrá unos componentes fluidos y dinámicos. La palabra "fuerza", tan querida entre los escritores marxistas, remite a una causación ajena a la voluntad de los agentes, causas que son *necesarias* en sus consecuencias y que modifican desde un punto de vista cuantitativo un determinado estado social de las cosas. Así hablamos de "fuerzas" productivas. En el caso de la formación española, el salto desde una nación predominantemente agraria hacia una nación industrial, durante los años 60, procedió de inversiones estatales dirigidas por una dictadura que, a diferencia de lo acontecido en los 40 y parte de los 50, ya gozaba de mayor *crédito* internacional, especialmente norteamericano. Por supuesto, en política internacional, *el crédito* que merece un régimen tiene que ver con el sentido exclusivamente financiero y comercial del término.

Así pues, la introducción de inversiones, y la consiguiente tecnología, la elevación de la capacidad de consumo de las masas, la urbanización acelerada del país, etc. fueron las condiciones que engendraron necesariamente la aparición del proletariado urbano-industrial (el más activo políticamente) y una nueva y masiva intelectualidad (pues la industrialización exige un aumento en el nivel de instrucción). Las premisas sociales estaban dadas: mientras que la represión franquista de los 40 y 50 era una especie de coletazo de una represión propiamente militar, una derivación inherente a la posguerra, en los 60 y 70 cambia de raíz el tipo de oposición (y su correlativa represión) al régimen, porque ha emanado de condiciones nuevas, irreductibles a las del periodo anterior, con bríos nuevos, muy vivos, como vivo y ascendente empezaba a ser el paso de la autarquía subdesarrollada al capitalismo. Una mezcla de feudalismo en el agro, y corporativismo neogremial en la industria, todo ello con unas fuerzas productivas mezquinas en sus dimensiones, abren

paso a una patronal de nuevo cuño, surgida al amparo de las grandes instalaciones financiadas por el Estado, y desde dentro de esa capitalización, surgen las nuevas clases proletarias que conocen la explotación en su sentido moderno, genuinamente capitalista y no, por el contrario, envuelta en las formas de paternalismo y neogremialismo propias de la primera parte de dictadura. La condena moral y política del régimen –que siempre se puede sentir o expresar sea cual sea el sistema económico de una dictadura-- se entremezcló *necesariamente* con las nuevas demandas laborales de los trabajadores, demandas inéditas, revolucionarias, que constituyen el motor propulsor de aquella condena que, de lo contrario, se ahoga en el sopor moralizante y languidece durante años y años.

"Modernización" fue –y es— el eufemismo para el cambio. De ahí la introducción de conceptos dinámicos ("fuerza", "desarrollo de fuerzas productivas") Lo que ayer "no era", hoy "es". Lo que antes revestía una forma **A** cualquiera, ahora se presenta bajo un aspecto modificado, una forma **A'**. La transición, todo el mundo la constata. Ahora bien, el paso de una forma a otra, la transformación efectiva, es lo que interesa a la ciencia. El paso de la España agraria hacia la nación industrializada, es un cambio en las relaciones sociales que afecta a la propia constitución de los objetos relacionados, así como a las clases de relaciones ahora implicadas. Todo lo que ha ocurrido y se ha interpuesto entre **A** y **A'** es lo que debe caer debajo de una explicación acerca de una transformación social, como la de nuestro ejemplo. Las "formas" que reviste una sociedad antes y después de una década, como intervalo tomado a efectos comparativos, deben aparecer como una conjugación de aspectos causales o cuantitativos (volumen de inversiones, niveles de capacidades adquisitivas, renta nacional, etc.) y sus "consecuencias" cualitativas (aumento de la instrucción, nuevos grupos y clases, contestación "social" al régimen). He puesto la palabra *consecuencias* entre comillas, porque según todos los razonamientos hasta ahora expuestos, no se trata de un efecto o producto "subjetivo" a partir de unas condiciones productivas (materiales, "objetivas") nuevas. Simplemente, son "formas", "morfologías" o aspectos de una totalidad social, a modo de relieves, texturas, huecos, protuberancias y demás elementos fenoménicos que destacan parcialmente respecto a una totalidad social, Reificar o sustantivar los fenómenos sociales (Durkheim: "tratar a los hechos sociales como si fueran cosas") significa enmascarar la base objetiva sobre la que puede alzarse uno de esos relieves, una de esas aglomeraciones o protuberancias: el proceso de producción. El concepto de clase social es el único concepto propio de una morfología social que está rigurosamente vinculado al proceso productivo, el de las posibilidades que en cada formación se dan, por ejemplo, la existencia histórica evidente de clases sociales improductivas, parasitarias, rentistas, alejadas por definición de la producción (si bien en el intercambio y en la distribución siempre hay una participación activa o causal en el proceso tomado en su globalidad). Toda vez que son clases que forman parte del todo, son también un efecto de ese todo.

Una totalidad, desde el punto de vista dialéctico, es ante todo una realidad fenoménica. Ante aquellos que la conciben o abarcan en sus análisis, cabe decir que una totalidad es un modo de representarse sintéticamente (conceptualmente) una serie de elementos. Los análisis sintéticos (pues los dos procesos van unidos en un círculo) son los propios de la historia y de una

sociología histórica. El desinterés por los *condicionamientos* que ha sufrido la formación social española en los últimos tiempos del franquismo y en la transición (en términos de historia política investigada, y en términos también pedagógicos) se ha constituido en forma de mampara que impide la comprensión cabal de nuestro presente, y deforma toda iniciativa de solución a los más graves problemas. Problemas que, más allá del dominio político, al no verse atajados, filtran y pudren la textura misma de la comunidad, el alma de nuestra sociedad civil.

Los periodos revolucionarios son una ebullición de ciencia ideológica. Durante los mismos, este tipo de ciencia se realiza, la teoría se cumple (aunque hay diferentes grados de cumplimiento). Aquí, la ideología *stricto sensu* ya no es más una representación ilusoria y nebulosa de una realidad que resulta negada, no aceptada. Ahora, la ideología es una transposición de representaciones "realistas", aunque fenoménicas, claro está, pero superadoras ("hiperrealistas", podría decirse), que se han de distinguir claramente de las ideologías anteriores y alternativas, de carácter subdesarrollado e inmediato. La ideología hiperrealista es una "vuelta del revés" de las ideologías dominantes en su medio, pero es resultado de las inversiones en la base real o de ciertos movimientos en el proceso de inversión. Esto las distingue de las utopías (que aparecen en una base poco desarrollada), aunque se asemeja a ellas en aquello que conserva en común: una visión totalizadora de la sociedad (y por ende, igualmente fenoménica). El mundo de los fenómenos es el único mundo real, muy diferente del mundo de los entes abstractos: "átomo". "Primer Motor Inmóvil", "Democracia"...Y además ese mundo es el único por el que merece la pena luchar en el curso de la historia. La incorporación de entes abstractos es, por otro lado, un momento imprescindible para afinar los análisis, trocarlos en ciencia, y hacer una lucha realista (y no visionaria, utópica, imprudente, milenarista, etc.) El marxismo es, en este sentido, la única ideología que, resultando a veces un efectivo *disolvente* de las formaciones que lo envuelven y lo han producido, es con sus análisis y con su práctica política plagada de análisis, la "comadrona" de sociedades nuevas. Así el marxismo es tanto ciencia como dialéctica. No hay doctrina o disciplina con un estatus equiparable. En este aspecto, el marxismo no ha sido superado. Y cualquier tránsito que el modo de producción capitalista conozca en el futuro, hacia modos socialistas de un estilo u otro, contendrá necesariamente elementos del marxismo, *por la sencilla razón genética de que éste era, cuando menos, un análisis (una crítica) del capitalismo.*

2. "TODO FLUYE"

Habiendo dado con los elementos, las fuerzas y clases que se contradicen en el sistema total, se puede ofrecer un análisis materialista de la sociedad. Quien vea la realidad total como espiritual o indivisible ("mística") no puede pretender ningún análisis. Ese sujeto cree captar el todo, y por ende, se incapacita a sí mismo para emprender un análisis. El análisis de una sociedad en sus componentes materiales (aunque no meramente fisicalistas o energéticos, ver *infra*) es la crítica, el punto de arranque de una labor de desbrozado de una

pretendida totalidad indivisible heredada y recibida (con especial polarización léxica hacia los términos "nación", "patria", e incluso "país"). La totalidad mística, que tiene como pre-juicio constitutivo el de su naturaleza indivisa, sólo entiende la existencia de realidades discretas tangibles (cada una de las totalidades ontológicamente separadas entre sí, y sus poblaciones respectivas de individuos corpóreos, abstracción hecha de las relaciones necesarias – sociales- que mantienen entre sí, relaciones que son la misma crítica del concepto de un individuo social discreto), totalidades e individuos que pueden ser recíprocamente comparados (o sea, incluidos o segregados de clases lógicas) por relación a una cierta comunalidad de rasgos, por unas esencias compartidas (o no). Los rasgos de los individuos pueden ser físicos (color de piel) o espirituales (la lengua, la cultura), pero hay una preferencia por estos últimos, ya que permiten más cómodas operaciones de inclusión participativa en un todo cultural, patrio o nacional) al considerarlo igualmente espiritual en su naturaleza. Así ocurre que quienes hablan en términos de nacionalidades, culturas o patrias, lo hacen considerando que la intensión de esos términos tiene que ver con un principio de indivisibilidad y, al igual que ocurriese con cada alma individual (una *individualidad* que previamente se *percibe* en cada cuerpo humano), algo análogo habría de ocurrir también con una especie de alma colectiva, de la que beben, nacen y en definitiva participan todos los seres humanos. Está claro el origen teológico de ese concepto de alma colectiva para referirse a formaciones sociales inmunes a todo análisis (como no sea un análisis externo, evacuador de esas mismas esencias invisibles, insondables, megáricas, para quedarse con triviales correlatos en lo físico, geográfico, antro-po-zoológico). En estos campos, como en otros, el reduccionismo fisicista es la misma contrafigura de los mentalismos y espiritualismos. El Estado, España, Europa, la Totalidad Social, la Nación, la Cultura Occidental, y demás totalidades concebidas como espirituales y supra-humanas, no existen cuando son analizadas. No son nada. Son mitos eficaces de la historia, por los que se llega a morir y matar, sin duda, y esto se ve entremezclado con otros tipos de operaciones humanas que quedan envueltas (y por ende, explicadas) por referencia a tales mitos (por ejemplo, legislar, manifestarse, asociarse, y demás violencias relativamente incruentas).

Así las cosas, tenemos la obligación de recabar una inteligencia tal de la formación social que no la considere como sacrosanta y real ya desde el mismo punto de partida, para no prejuzgarnos con fórmulas heredadas, con ideologías recibidas que cosifican la totalidad envolvente (se cosifican por educación, por socialización, por ver la T.V.). Este tipo de operación es compleja, porque un adulto no puede nacer de nuevo y emprender análisis en un "estado de pureza". Hay que analizar *in medias res*, desentrañando *aquellas condiciones de partida de nuestros análisis que al tiempo son las mismas condiciones de nuestra existencia concreta*. Tal tipo de análisis presenta una "fluidez" extraordinaria. Es como el barco mitológico, que surca el mar *al mismo tiempo* que se rehace íntegramente a lo largo de la navegación. El materialismo histórico exige este tipo de sistematización operatoria, a saber: reconstruir una realidad objetiva, que *está ahí* como otra cualquiera (un mundo de fenómenos que es la sociedad), y fijar de manera conjugada las coordenadas a partir de las cuales el sujeto gnoseológico ha sido determinado, envuelto, socializado, partiendo de esa misma realidad objetiva envolvente. Una realidad que no determina de cualquier modo, sino ajustándose a la pertenencia a una

clasesocial en un momento histórico y lugar geográfico concreto. Por eso, el materialismo histórico debe ser ideología, pero es al mismo tiempo "ideología de las ideologías". Seguiremos con esto, pero antes hay que decir unas palabras sobre un concepto que acaba de aparecer en escena (y ya se retrasaba en nuestra exposición, porque sin él, el materialismo histórico pierde su identidad): la *clase social*.

3. CONFORMACIONES, MORFOLOGIAS

Junto a los conceptos "fluidos" del materialismo histórico, que implican lucha, fuerzas, estudios del desarrollo y de todo cuanto significa movimiento y transformación hay que considerar aquellas conformaciones relativamente "sólidas" que, inferiores en escala con respecto a la totalidad fenoménica, sin embargo constituyen partes necesarias, partes que revisten una forma característica, una forma que dota de relieve característico a la totalidad social: las clases sociales.

Una formación social como la española debe constar de una serie de clases que, según su posición respecto a la posesión y control de los medios de producción, quedarán recíprocamente delimitadas entre sí. Además según su demografía relativa, las clases definen marcos nacionales distintivos para el análisis concreto, como pueda ser la mayor o menor abundancia de una clase media a modo de "colchón" para los enfrentamientos entre proletarios, (o campesinos) y burgueses (o aristócratas). Históricamente, este es un criterio básico en las comparaciones: por ejemplo la debilidad de una clase media española, el subdesarrollo de la industrialización (y por ende de la clase obrera) y la abundancia de campesinado constituían elementos definitorios de la España previa a la guerra civil, que ya no siguen vigentes en la actualidad, pero que están en la base de las explicaciones históricas del enfrentamiento.

Las clases sociales, en su determinación recíproca, dibujan el paisaje global, fenoménico, de una totalidad social. Además, en el seno de cada clase (y precisamente debido a tradiciones y las determinaciones recíprocas) se genera un microcosmos ideológico, estético, todo un complejo de hábitos y costumbres, etc.

Si el materialismo histórico simplemente afirmara que la base es la causa de las superestructuras estaríamos pulverizando los contornos y aristas de nuestra ciencia ideológica, para presentarla, a la postre, como un materialismo más al lado de tantos otros. Sin contacto alguno con el marxismo, y antes de su nacimiento, ciertos filósofos, historiadores y sabios han defendido proposiciones materialistas de índole genérica. Pero nuestra ciencia ideológica debe incorporar el estudio de toda una serie de determinaciones que deben envolver las relaciones causales y que, siendo ellas más genéricas o formales que las determinaciones estrictamente causales, precisamente permiten abordar lo concreto en la historia. La existencia misma de las clases sociales, entender su lucha como recapitulación de todo lo demás que acaece en la historia, nos dará la clave del método.

En cuanto al papel y la definición de la base, el *economicismo* al estilo de la II Internacional, el *realizado* en la U.R.S.S., el predicado por tantos cuasimarxistas de la ciencia social occidental, ha suscitado polémicas que suelen cerrarse aparentemente, lo que es índice de no haber solución a la vista, porque no se puede acumular demasiado polvo debajo de la alfombra. La cuestión del economicismo no se resuelve con retoques estilísticos, moderaciones y matices, con estudios de crítica textual y filología, con invocaciones a los Santos Padres del marxismo, con un "más" o con un "menos", dando vueltas alrededor de coletillas y frases acuñadas ("determinación en última instancia", "autonomía relativa de las superestructuras", "interacción recíproca", etc.). La causación de las superestructuras es algo que puede y debe desarrollarse en los estudios empíricos, positivos. No es, desde luego, una causación "mecánica". Se trata de una causación que toma multitud de caminos, en virtud de la concreción social de que se trate.

Una sociedad siempre es algo *concreto* en manos de Marx: una síntesis de múltiples determinaciones. Gramsci parece que sigue a un Marx muy ocasional cuando da una interpretación hilemorfista a la distinción entre base y superestructura, como si sólo hubiera una "materia" económico-social, y una determinación formal unificada, la superestructura. El *Diamat* también tomó ese camino. Pero la correspondencia general entre materia y base, por un lado, y superestructura con la forma, por otro lado, sólo puede servir como metáfora expositiva y, en todo caso es inaceptablemente dualista. Es precisamente en la sociedad como un todo concreto donde debemos hallar una reunión múltiple de determinaciones, que pueden parecer un enjambre confuso en un análisis instantáneo, copresente, pero que van ajustándose unas a otras a lo largo de la historia dando lugar a órganos, diferenciaciones, estructuras, objetos que evolucionan, se destruyen y dan lugar a otros nuevos, de un modo semejante a la evolución natural, creadora de morfologías. Efectivamente, las relaciones económicas, en su transcurso, van tomando unas *formas*. Por ejemplo, la ideología del "sujeto jurídico" –enraizada en el concepto de mercancía, con la especial acepción de "igualdad formal" de los sujetos, imprescindible para una sociedad que produce orientada hacia el mercado y en la que el mismo trabajo se ofrece en ese mercado como mercancía. Son formas ideológicas éstas que no sólo brotan o emergen de una base económica capitalista. Tampoco pre-existían o se inventaron a la par, acoplándose en una suerte de armonía o adaptación funcional; son formas inherentes al sistema de explotación mismo, un sistema (no se olvide) en el que bajo una cierta fachada de vinculaciones "impersonales" (objetuales, mercantiles, financieras, etc.), *lo que hay*, realmente es una madeja de relaciones entre seres humanos. Estas relaciones humanas, y más en concreto, sociales, no se dan ni se pueden dar sin una serie de condiciones previas, si se quiere inherentes a la historia (biológica y social del animal humano), que permiten la explotación de unos sujetos por parte de otros, de unas clases por otras. Entre dichas condiciones habría que destacar la capacidad de trabajo manual, capaz de moldear, capaz de dar forma a la materia de acuerdo con unas normas. Por ende, envolviendo a esa capacidad normativa de transformar físicamente los objetos (a diferencia de un mero transductor), la especie humana puede hablar, esto es, manipular los músculos involucrados en la vocalización con el fin de darles también formas complejas (en la producción y en la comprensión) a las ondas sonoras y así

transmitir unas normas en un proceso social que distingue al trabajo humano de cualquier gasto energético dirigido externamente o forzado, por parte de animales de tiro o máquinas. Así las cosas, el contrato de trabajo no es el resultado de una coacción del patrón sobre el obrero, sino la verbalización jurídica de una forma de relación estrictamente económica, en la que no entra (o mejor dicho, no tiene por qué entrar) la coacción física o el engaño. Es una figura jurídica que alude a relaciones concretas existentes en un determinado modo de producción, una base de procuración material que aparece envuelta desde su génesis por la instancia jurídica pre-existente pero en transformación a tenor de los cambios en la base. La ideología de la igualdad formal de los individuos humanos *qua* humanos, con abstracción hecha de sus propiedades, la ideología del individuo abstracto, sin determinar en clases diversas (lo cual nos arrojaría como producto una serie de individuos concretos) expulsa hacia fuera un rasgo material que diferencia al comprador y al vendedor de la fuerza de trabajo: su diversa capacidad de control de los medios de producción. Pero la ficción jurídica equipara a los dos agentes que firman el contrato laboral, pues son "libres" en un sentido formal, en un sentido abstracto. Siempre hay relaciones "envolventes" a las relaciones económicas, tales como la ficción jurídica o las teorías filosóficas del liberalismo y la libertad y la igualdad formales. Constituyen *determinaciones* que tallan el tipo de relaciones materiales, inmediatas u operatorias que establecen los agentes sociales. Hacer abstracción de esas relaciones materiales operatorias que se dan en el proceso de producción era, para Marx, la ideología burguesa misma. Por relaciones operatorias entendemos aquellos procesos intencionales a cuyo través un sujeto determina de algún modo a otros sujetos u objetos, incluyendo aquí a los símbolos (lenguaje). Esa determinación social inmediata debe hacer uso de elementos mediadores cuyo desarrollo o generalización constituye todo un medio social, que es el que rodea a toda relación de un sujeto con los objetos o con otros sujetos. Ese medio social es un espacio de *relaciones envolventes*, y su evolución consiste en ir imponiendo su sello de formas múltiples en cada relación social, a lo largo del tiempo (incluyendo extinciones y generaciones de nuevas relaciones). El espacio envolvente (o medio social) puede ser entendido como una estructura de condiciones que siempre se ha de aportar en cada estudio científico y son las que, en efecto, "envuelven" a la causa eficiente. Esta causa, si aparece como una condición que además toma el aspecto de determinante de cambios sustanciales, ya nunca aparece como una chispa aislada de la estructura de condiciones que hemos mencionado. Las estructuras sociales, pues, actúan "por encima de la voluntad" de sus agentes porque ellas se alzan y evolucionan con una lógica que le es propia y no de acuerdo con la lógica (o los fines) de los agentes particulares. En ese sentido, las estructuras sociales serán objetivas, necesarias y "ciegas", porque su causalidad no se entremezcla con una causalidad estructurada a otro nivel, es decir, con los marcos de condiciones que rodean al obrero y lo impelen a trabajar, o al empresario buscar su beneficio. Los espacios de relaciones operables e inmediatas (el proceso físico del trabajo, los aspectos motivacionales, el hambre, el egoísmo, etc.) y los espacios envolventes (estructuras sociales objetivas) pueden coordinarse, y de hecho las relaciones en un nivel contextualizan a las relaciones en el otro nivel).

Resumamos lo dicho hasta ahora

La base y la superestructura de una sociedad son, respectivamente:

a) Sistemas de relaciones entre los hombres. Esto equivale a decir que no son sustancias, no son "cosas". La base económica de una formación social no es asimilable, en modo alguno, a la Naturaleza, la Tecnología, la Ecología. La base no es ningún "factor" o conjunto de "factores" que, residualmente se toman como no-humanos o no-espirituales, o sencillamente "impersonales". La base económica de una sociedad es un conjunto de relaciones humanas directamente implicadas en la producción de aquello que los miembros de una sociedad precisan para vivir. Toda formación social, capitalista u otra cualquiera, debe tener una base material sobre la cual estructurarse y vivir. Pero por "base" entendemos, ante todo, relaciones humanas productivas.

Otro tanto se dirá de las superestructuras. La Ideología, el Derecho, la Religión, el Estado, se resuelven tras un análisis materialista, en un conjunto de relaciones entre seres humanos. No son "espíritu", sino relaciones entre hombres cuya vida se ha estructurado de una determinada manera para producir y reproducirse, y de cuya estructura relacional surgen nuevos órganos y diferenciaciones estructurales que pasan a formar parte de la estructura básica. Estas relaciones superestructurales guardan, como conjunto, como sistema, unas dependencias funcionales o causales con las relaciones inmediatamente productivas, pero éstas también las guardan de aquellas. Esta conexión causal recíproca se ha disfrazado a menudo con la apelación a la "autonomía" (relativa) de lo superestructural con respecto a lo básico (Althusser, Poulantzas). Pero en este punto soy partidario de tomar uno a uno cada elemento o componente superestructural inmerso en el medio material, sin arrancarle de su contexto, de su medio envolvente. Así, en lugar de conexiones externas entre, digamos el Derecho tomado *in toto* y la base productiva, estudiaremos la lógica material que preside y contextualiza la relación contractual entre dos "iguales" (en el sentido formal, ficción jurídica), patrono y obrero, respectivamente, y las necesidades objetivas que la mercancía tiene en el capitalismo para circular sin trabas (incluyendo la misma esfera del trabajo), como tan brillantemente se revela en el análisis de Pasukanis. La trabazón genética entre una superestructura jurídica y un modo de producción deberá estudiarse como una serie circular y "constructiva" de concatenaciones, en la que no se descarta que uno de los elementos "evolucionados" llegue a romper o absorber a su elemento recíproco (igualmente evolucionado o incluso degenerado). En cualquier caso, cuando se hace la crítica a la distinción de Marx entre base y superestructura basándose en su carácter abstracto debería tenerse en cuenta que esta distinción lo es por necesidad. Si unas ciertas morfologías superestructurales se *incorporan* a un marco básico de relaciones de producción, este es ya un proceso dinámico, que se da en el tiempo y que comporta una transformación (un cambio esencial) tanto de las bases como de los elementos que esta base incorpora. Se puede decir, entonces que la economía se apodera de formas jurídicas, tanto como estas formas vigilan, sancionan, "engrasan" o impulsan determinadas relaciones económicas. Lo mismo ha de decirse de la Religión y del Estado. La Iglesia Católica tanto como el Estado Español levanta sus edificios o restaura los que tienen, mantiene a sus funcionarios, dispensa unos

"servicios", recaudan impuestos, redistribuyen recursos y ejecutan un sinnúmero de acciones todas ellas de un carácter económico en su misma raíz, acoplándose a los marcos jurídicos y al tipo de relaciones productivas del momento, y además contribuyendo a dichos marcos, dándoles forma y contenido. Preguntarse si somos capaces de vivir sin la Iglesia y sin el Estado ya es, paradójicamente, una pregunta *política*, que tiene como presupuesto una sociedad civil que ha perdido su "autonomía" frente a una superestructuras colosales, hipertrofiadas. No puedo evitar una sonrisa cuando escucho referencias hacia la "autonomía relativa" de las superestructuras. ¡Es la misma sociedad civil la que ya ha perdido hace tiempo toda su autonomía! ¡Esa es la cuestión realmente importante!

Es un todo social, el *fenómeno* que encubre las contradicciones sociales, aquello de lo que se sirve actualmente de una base capitalista para perpetuarse.

b) Las relaciones correspondientes a la base y las correspondientes a la estructura se han desprendido a efectos puramente analíticos. Se trata de una desconexión abstracta.

*"[Porque] el cuerpo organizado es más fácil de estudiar que las células del cuerpo. Además, para analizar las formas económicas no se puede utilizar ni el microscopio ni los reactivos químicos. La capacidad de abstracción ha de suprimir a ambos. Ahora bien, para la sociedad burguesa, la forma mercancía del producto del trabajo o la forma valor de la mercancía son formas económicas celulares. A los espíritus poco cultivados les parece que analizar estas formas significa aquilatar y perderse en minucias, pero de minucias como las que son objeto de la anatomía microscópica". (Prólogo a la 1ª edic. alemana del 1er tomo de *El Capital*, en *Obras Escogidas*, t. 1. p. 467, Akal, Madrid, 1975.)*

En cada fenómeno de la vida social se dan relaciones entre los hombres de muy diversa naturaleza. Pero si queremos trazar la anatomía global de una sociedad hay que dar con una unidades –necesariamente abstractas– a partir de las cuales seamos capaces de reconstruir –analizar– la totalidad. Para ello, Marx dio en la forma mercancía. Esta "célula", entrando en relación con otros términos o componentes de un sistema social, reproduciéndose, multiplicándose y llegando a constituirse en un "poder externo" frente a sus productores es la historia misma del capital. Habiendo dado con la célula, el organismo social puede empezar a ser reconstruido (entendido). Pero un organismo no resulta simplemente de una mera replicación de la misma célula. Decir organismo es decir diferenciación de partes (de tejidos, de órganos, de sistemas) en el cuerpo animal. Es una referencia también a la división del trabajo, de órganos políticos, de clases e instituciones, desgranándose en el cuerpo social. La célula, en sí misma, comporta un contraste en cantidad proporcional y en cualidad, frente a otros tipos de células. Y los sujetos humanos, orbitando siempre en torno a las mercancías, dotándoles de vida tanto en su producción como en su cambio, se estructuran de diversos modos a lo largo del desarrollo (puede decirse que *producen* a su vez *las* estructuras de esa producción y cambio de mercancías, pero sin ser conscientes de ese proceso histórico). La célula, multiplicada según un "plan" no previsto, conoce

un "desarrollo" que la distingue de una colonia o un agregado. Aparece como unidad constitutiva del organismo al objeto de asignar mejor recursos ante la escasez y garantizar la reproducción de la sociedad a escala ampliada, y así en una espiral de acciones y reacciones recíprocas que van dando el "plan" no previsto de crecimiento y diferenciación del organismo. Por seguir con la metáfora biológica, en los genes de la célula *mercancía* sólo hay "instrucciones" que se ejecutan ante cambios dados en su medio, pero nunca figura un plan previsto y pre-acabado.

Las superestructuras envolventes de un modo de producción determinado llegan a dominarlo (causalmente) por medio a su incorporación a la ontología germinal misma, la presunta sociedad civil, la base productiva concreta (en el capitalismo, la producción para el mercado), buscando al fin una perpetuación política de un todo tal como ha llegado a crecer y tomar forma en un momento dado: siglo XX. Y esto ocurre de dos formas: hacia el exterior de un marco nacional dado, por medio del imperialismo. Hacia el interior de la nación, por medio de un fascismo más o menos disfrazado. Por lo que respecta a la tercera dimensión de los marcos nacionales, la esfera inter-nacional, la forma que reviste el "organismo hipertrofiado" no suele ser otra que la guerra, el neocolonialismo y el intervencionismo "en nombre de la humanidad" (o de las "naciones unidas").

La base es la causa de la totalidad, pero esta totalidad es fenoménica y por ende no reducible a la base concreta de relaciones productivas. Una formación económico social, actual o pretérita, es o ha sido una totalidad concreta, que se nos presenta bajo determinados rasgos, bajo múltiples determinaciones. Tras estas manifestaciones hay que urgar para dar con la base: cómo producen los individuos corpóreos que se constituyen en sociedad, y por tanto, que producen su ser social al través de esas relaciones. Tras una visión del paisaje factual, pero que ya es una mirada hecha con una inteligencia "materialista", que no se impresiona por cualesquiera otras manifestaciones, sólo entonces inicia su labor el anatomista. Funciona el microscopio de Marx. Primero, abarcamos lo concreto (pero no de cualquier modo, sino en un marco materialista: producción y reproducción). Segundo, acudimos a lo abstracto: ¿cuáles son las células, las unidades? Las mercancías producidas (bienes y servicios) que constituyen la estructura del capitalismo y que sirven de mampara a unas relaciones entre seres humanos, para las que el valor de uso de dichas mercancías ha pasado a un segundo plano, subordinado ante el aspecto del valor de cambio, donde rigen las leyes económicas del capitalismo ya las que se subordina la sociedad entera. El economicismo puro, no el que se le achaca a Marx con tanta insistencia, es el que rige las relaciones sociales actuales con independencia de sus apoyos materiales reales, de sus expresiones políticas, etc. El economicismo es en este sentido ya clásico, marxista, una ideología, la ideología de nuestro modo de producción predominante. Hoy, más que nunca, el predominio de la base económica sobre los demás aspectos de la vida social cae dentro del plano de los fenómenos, es contingencia histórica y disimulo propagado desde las superestructuras. Criticar a Marx por su énfasis las leyes de la economía capitalista como rectoras del funcionamiento de la sociedad como un todo, es como retirarles la licencia a un médico que ha descubierto la causa, por ejemplo un virus, de una enfermedad y se dedica a estudiarla a fondo. También es confundir el virus con la enfermedad, esto es, el efecto

alterado en todo el organismo. El economicismo es ideología en el sentido realista de la palabra; no se trata de una realidad representada ilusoriamente, un error, un sueño. Es la historia real, la historia de las sociedades que se está abriendo camino y cambia las proporciones de la base, pero como también cambia la altura de la figura, si entendemos la sociedad total como una figura volumétrica (cono, pirámide, cilindro, etc.). Hoy, la base se ha ensanchado en el capitalismo tecnológico, con unas dimensiones productivas que le habrían dejado desmayado a Marx. Pero ¿qué decir de la envergadura de las superestructuras? Ahora bien, la metáfora volumétrica (afín a la arquitectónica del propio Marx) falla por completo si tomamos en cuenta el movimiento real de la materia, y sus contradicciones propias, acaecidas en el curso de los cambios. Ahora veremos que la envergadura, la altura del bloque alzado sobre esa base "se apodera" de ella, la rige, se mete por sus poros y aprisiona a la sociedad como una tupida red (aquí hago paráfrasis de Marx, quien ya vio esto en el estado francés de Luis Bonaparte, con toda su policía y burocracia, y demás aspectos altamente intervencionistas, aspectos que hoy ya se han reconocido casi todos los estados modernos). La sociedad civil en el sentido de Hegel ya contenía para su propio autosostén una serie de órganos "civiles" correctores, saneadores. Estos eran más "civiles" que políticos (justicia, "policía" administrativa, corporaciones) y precisamente por serlo, podían considerarse *Estado* en algún sentido, pero en un sentido en todo caso subordinado al Estado político por antonomasia, el imperio de la razón y de la idea, que además tenía que asumir como funciones propias las relaciones exteriores, la defensa de colonias y la guerra. La sociedad civil hegeliana es pues, una abstracción tomada de una tradición liberal que brillaba con luz propia en aquellos tiempos, habiendo iluminado a Locke, Hume, Smith, Montesquieu y a los economistas clásicos. Pero era una abstracción contradictoria: por un lado *quería ser* asimilable a la república romana, a la polis griega, la real identificación formal entre ciudadanía y estado, como en efecto sucedía en aquella Antigüedad desde el punto de vista formalista, vale decir, sin contar con toda una "materia" productora (esclavos, mujeres). Por otro lado, de esa sociedad civil habían crecido unos órganos defensivos, represivos, burocráticos, etc., cuyas dimensiones desbordaban a la mera "atomística" de ciudadanos. La industria había aumentado el número de la "plebe", vale decir aquellos "súbditos" de un reino o imperio, que por su carencia de bienes, de instrucción, o de cualquier otro atributo, les impedía llegar al rasero de una ciudadanía real (en el sentido clásico de "hombres libres", no disminuidos en sus capacidades morales, materiales, de subsistencia, etc.

Pero el todo social es abigarrado. Además de "ciudadanos", contenía "súbditos", por no hablar ya de los esclavos. Las contradicciones entre estas diversas condiciones fueron básicas por ejemplo en el Imperio Romano, con su inflación de esclavos a los que hubo de extenderse la ciudadanía. Pero en las monarquías e imperios, además había "barbaros", inmigrantes, minorías étnicas y religiosas, etc. De tal manera que la democracia directa y horizontal, como modelo político extraído de la Antigüedad clásica, sólo continuaba existiendo en las cabezas de los eruditos y tratadistas de la Política.

El todo social es abigarrado, no sólo en cuanto a las morfologías sociales en él contenidas, en las clases y los grupos diversos que abarca, sino también

abigarrado en los mismos modos de producción que le caracterizan. Toda formación contiene dos o más modos de producción. En perspectiva dinámica, se podrá ver que algunos modos están en declive, otros en auge. Además siempre existe la posibilidad de hallar bolsas o islotes de ciertos modos productivos que, al margen de la marcha histórica, se resisten a influencias externas. El todo social –en el ámbito de los países "desarrollados"- contiene bolsas enormes de parados, estudiantes, amas de casa, jubilados, prostitutas y un sinnúmero de trabajadores "improductivos", que en absoluto armonizan con aquella concepción clásica de la sociedad civil (ya fuera la antigua-greorromana ya la moderna-liberal). Estos son seres a los que no se les puede negar ciertos derechos "formales", por más que figuren materialmente en la sociedad, a menudo como una especie de ciudadanía disminuida. En esta condición disminuida se encuentra la raíz del concepto, que en absoluto podemos abarcar aquí, de "Estado del Bienestar", con todas sus concomitancias superestructurales: paternalismo, "narcotización" ideológica, caridad generalizada, ensanchamiento del "consumo colectivo". Aquí el Estado es intervencionista "ético", y no simplemente "jurídico". Es decir, su actividad se extiende mucho más allá de la dirección o apropiación de empresas públicas más o menos estratégicas, mucho más allá de una relativa planificación nacional de la economía. La estrecha imbricación del Estado con los medios de comunicación, con las instituciones pedagógicas, con los intelectuales orgánicos, le convierte un verdadero y eficaz productor de mensajes y consignas para uso de sus súbditos, un *agente ético* que lucha por mantener la cohesión del todo fenoménico a través de una ideología ("democrática", "solidaria", "tolerante" y otras pamplinas) integradora en lo social siempre y cuando no toque ni un ápice de los fundamentos básicos –del orden vigente: el capitalismo, la propiedad privada

En la ciencia ideológica, la historia es la historia de la lucha de clases. Antes de dar fin a esta exposición, debemos dar unas pinceladas al concepto esencial de "clase social". Por supuesto, en este terreno sólo hay una de dos opciones: el científico es marxista o es un sociólogo empírico. No hay posibilidad de reconciliación de las perspectivas. ¿Qué criterios definen una clase social de tal manera que resulten "operativizables" para luego correlacionar con otros datos o hechos? –Se pregunta el sociólogo antes de embarcarse en sus encuestas y en sus análisis factoriales. Niveles de renta, preferencias de consumo, ocupación... Los conceptos esenciales del marxismo han pasado muchas veces bajo la "tritadora" estadística de la sociología y la economía empíricas y neopositivistas. El razonamiento que siguen es de este jaez: "el concepto de clase social no es operativizable, luego el marxismo no sirve, no es científico, etc."

Ahora bien, prefiero la expresión más amplia de "morfología social", en este asunto de las clases, porque me parece evidente que la pertenencia a clases sociales es cuestión de grados, de sombreados y matices diversos, lógicamente difusa, y sin duda alguna existen multipertenencias de cada individuo a diversos grupos, categorías comunidades, etc., cuyo criterio de consolidación no es propiamente su *control sobre los medios de producción*. El concepto marxista de clase social está pensado exclusivamente en términos de control o ausencia de control de esos medios. Con respecto de muchos otros criterios, este concepto es una *abstracción*. Y debe seguir siéndolo.

En España --y en toda Europa-- se ha efectuado un proceso de diferenciación social y un aumento de la multipertenencia del sujeto en grupos, estamentos y en demás categorías sociológicas fabricadas sin relación alguna con la esfera de la producción. Estas categorías de los sociólogos constituyen una *abstracción de los aspectos materiales de la sociedad*, son abstracciones huidizas, evasivas, de esa especie que nos aleja de la realidad de los fenómenos para quedarse en taxonomías de puras apariencias. Muy distintas son las abstracciones científicas, como las practicadas por Marx, construidas para "acercarnos" a la realidad fenoménica, para dar con la esencia material de la sociedad.

Al emplear la expresión "morfología social" (3), deseo tener en cuenta los tres aspectos o momentos que se dan en el proceso de conocimiento de una sociedad: apariencias, fenómenos reales y procesos esenciales. Tras las primeras operaciones intelectuales, una serie de saliencias, prominencias, relieves y texturas diversas. Abarcando la sociedad en su dinámica, en su desarrollo, se observan procesos de diferenciación, reproducción etc. Pero todavía resta la búsqueda de procesos esenciales que dan cuenta de todas esas formas, de las trans-formaciones. Por seguir con analogías biológicas, valga el ejemplo de una biocenosis. Unas cuantas especies ocupan un biotopo. Observemos ese lugar varios siglos más tarde, dejando intactas las condiciones físico-químicas definitorias de un biotopo. La biocenosis ha podido cambiar drásticamente. Otras especies han desplazado, por competición, a sus rivales. Algunas se han quedado, en mayor o menor número...Ahora cambiemos el término "especie" por el de "clase social" ¿Qué es lo que más nos importa en una ciencia dinámica de la sociedad (caso del materialismo histórico)? Sabemos que un mero inventariado de estas "especies" (e incluso de subespecies y variedades), sólo es una parte de la búsqueda verdaderamente científica de las relaciones funcionales, causales, que han originado los desplazamientos, extinciones, o escasez o abundancia, e incluso de las transformaciones filogenéticas ocurridas al cabo de un tiempo. El sociólogo no marxista hace sus inventarios y nos dice: ya no existe el proletariado. Pero en España ¿no forman los trabajadores asalariados, empleados precarios y los parados la masa ineluctablemente oprimida de la sociedad? Analicemos las relaciones de explotación, que a su vez cambian drásticamente a resultas de los procesos crecientes de concentración y acumulación de los capitales. En tiempos de Marx y de Engels, ya había "grupos" aparentemente ambiguos respecto a los medios de producción, anomalías respecto a la teoría dual de la lucha de clases: tenderos, artesanos, campesinos con tierras, y toda una serie de "productores de servicios" cuya existencia se debe más a los procesos ocurridos en la esfera de la distribución que en la de la producción. La *polarización* (trabajo contra capital) es el método marxista empleado para explicar las revoluciones. La masa de los obreros, militante y subversiva, arrastrará a todos aquellos grupos subalternos en relación con la esfera productiva. Quienes no se unen al proletariado, se le enfrentan o quedan complemente al margen de la acción histórica. Esta era la teoría marxista. ¿Y en nuestros días? ¿Puede negarse la posibilidad de una lucha dual, polarizada, del capital contra el trabajo? No mediante argumentos a priori, ni tampoco mediante "críticas conceptuales". Yo sólo veo masas de asalariados cada vez mayores, y sólo veo que el capital está en manos de muy pocos. Yo sólo veo que las operaciones especulativas y financieras se hacen

sin la menor transparencia en una época que, paradójicamente se denomina "era de la información". Todos podemos ver que al Estado se le arrancan progresivamente sus fuentes seguras de beneficio para repartirlas en una tómbola de accionistas rapaces. Yo sólo veo que tras esta "democracia" se nos esconde una dictadura económica.

Es harto evidente que un aumento del nivel de vida de un asalariado con respecto a épocas anteriores no significa una "universalización" de la clase media. Un trabajador es un proletario si no controla los medios de producción, ya sea en términos de propiedad jurídica o en términos de una más genérica apropiación. Y la masa de los trabajadores sigue siendo la masa de la sociedad, la mayoría que le da consistencia y es su motor, su vida.

La teoría dual de la lucha de clases, la burguesía y el proletariado enfrentados, es la síntesis de los aspectos estáticos y dinámicos de la formación social. Estáticamente, la sociedad oculta los procesos básicos de la producción y ofrece, en cambio, ricas y variadas floraciones. Uno se deja embaucar por aspectos externos y por diferenciaciones existentes en la superficie. Pero dinámicamente se puede ver cómo las clases engendran subclases, y grados intermedios o difusos en lo que atañe función de pertenencia. La situación es análoga a la que media entre la biología taxonomista de Linneo, y su teoría de los géneros fijos e invariables, frente a la biología evolucionista de Darwin. Tal y como señalaba en el ejemplo de la biocenosis, es importante estudiar el espacio "funcional" que ocupa una especie en su medio, en competición con algunas especies, siempre listas a ocupar ese mismo "espacio" (que no es sólo un territorio físico, sino un espacio abstracto que Darwin comparaba significativamente con los oficios humanos. En la naturaleza, pues, nos da una mera lucha contra las "condiciones externas", fisico-químicas, sino una lucha inmanente contra rivales vivientes en la que dichas condiciones se dan ya por supuestas (*ceteris paribus*) a modo de parámetros. En la vida, de lo que se trata es de incorporarse a una compleja cadena adaptativa. Otro tanto se diga de una "clase social". ¿No será que la aparente complejidad social, la multipertenencia a categorías sociológicas, la abundancia de modas, estilos de vida y agrupaciones responde, en lo superestructural, a una efectiva homogeneización que el capitalismo tardío está desarrollando? La masa social, en su aplastante mayoría, ha sido aplastada por capitales unidos para fabricar esos estilos de vida y de consumo, para fabricar esas consignas propias de la ideología moderna y "democrática". El Estado como capitalista, primero entre iguales, es la gran apisonadora que produce una aparente y lujurante floración social (empezando por la división artificial del trabajo y el especialismo académico, igualmente artificial) porque la masa social es cada vez más homogénea: asalariados o perceptores de subsidios, e igualmente es cada día más homogénea en los consumos, que también se están socializando: (grandes almacenes y superficies comerciales, consumos colectivos y, por ende, "forzados", como por ejemplo los gastos destinados a Cultura, Animación Social, Programas Preventivos de lo que sea, etc.)

NOTAS

(1) En realidad, no conozco un significado unívoco para este vocablo "complejidad" y, en realidad, tengo serias dudas acerca de su utilidad como criterio demarcacional entre clases de ciencias, y menos aún como criterio de imposibilidad a priori de cientificidad en un determinado campo. Puede entenderse "complejidad" en el sentido genérico de la teoría de la información, esto es en un sentido cuantitativo, como una *medida*. También puede entenderse en el sentido algorítmico o computacional, esto es, como una medida del número de pasos necesarios para resolver un determinado problema, lo que es también una significación genérica. Concluyamos, pues, diciendo que los campos de las ciencias sociales son, por lo menos, tan complejos (no necesariamente más ni menos) que los campos de las ciencias físicas, químicas, naturales, etc.

(2) Así exponía H. Lefebvre este punto ("Marx", De. Guadarrama, Madrid, 1974): *"La contradicción dialéctica es más poderosa que la noción de totalidad. (...) Nosotros no podemos partir de la totalidad como de una forma vacía, anterior y superior lógica y ontológicamente al movimiento de las contradicciones dialécticas. El pensamiento teórico no puede y mantener en adelante la idea de una totalidad acabada. ¿Qué es una totalidad? Un momento en el desarrollo de las contradicciones, aquel en el que se manifiesta la unidad de las contradicciones –la esencia que ellas despliegan–, aquel, por consiguiente, en el que la coherencia saca provisionalmente ventaja al devenir, en que el equilibrio prima sobre la movilidad, y la lógica formal sobre la dialéctica. ¿Qué es una estructura? Una cohesión momentánea, destinada a disolver o a saltar en pedazos y que hasta contiene ya en í las razones de su estallido o disolución (desestructuración)", p. 55}*

Si el tratamiento conceptual de una realidad implica habérselas con totalidades, desde el mismo punto de partida ya ha ocurrido una síntesis, una integración conceptual. Ante los materiales abigarrados que, en conjunción, forman la experiencia social de vivir en una totalidad social, se emprende un paso más allá, el paso del análisis dialéctico, la fase que implica disolver las totalidades en fuerzas y en elementos que se oponen, y de cuyo fragor resulta nuevamente una especie de polvareda, la totalidad social que reaparece pero comprendida bajo nuevos aspectos. Pues en esos extraños objetos que llamamos "formaciones sociales" ocurre que, antes de proceder científicamente contra ellas, ya las hemos concebido, ya las hemos abarcado de alguna manera empírica. Antes de proceder científicamente, todo ser racional es miembro de alguna formación social. Por lo tanto, ya ha emprendido operaciones intelectuales sobre ella a lo largo de su vida, entre ellas las que desembocan en su totalización, en algunos análisis acerca del relieve o morfología (¿a qué clase social pertenezco? ¿Cómo veo a los miembros de las otras clases?, etc.). Estos análisis y estas totalizaciones espontáneas son parte constitutiva del ser social, desde la infancia de cada individuo. La conciencia científica de una sociedad tiene que partir, necesariamente, de estas conformaciones ideológicas, de estas otras formas de conciencia que se desarrollan en cada momento de la producción y reproducción del sistema social. Tiene que partir de ellas, para destruirlas.

(3) Debo al profesor G. Bueno la inspiración de estas analogías biológicas al examinar la distinción base-superestructura, tal y como el filósofo las practica en su libro *El Mito de la*

Cultura, (Ruedo Ibérico, Barcelona, 1996): "[...] la distinción entre base y superestructura incorpora la distinción entre un entorno termodinámico y las morfologías alimentadas por él, llamadas "superestructurales" atendiendo a su dependencia existencial y energética de la capa básica" (op. cit., p. 170). Y también: "[...] Es una capa basal a través de la cual el sistema capta energía del entorno, pero la capta a través del "análisis" que el sistema haya podido hacer de ese entorno desde sus propias categorías (por tanto, de su misma superestructura). Por ello, la capa basal tiene más de raíz que de mero soporte (Aufbau, de Marx) de una construcción ulterior, la raíz del árbol, en efecto, no es todo aquello en lo que el árbol se apoya, ni tampoco aquello de lo que se origina, sino aquello que la semilla "envía hacia las profundidades" a fin de poder extraer de ellas, según su estructura, los principios vitales que, por otro lado, también el árbol extrae del aire por las hojas" (ibid., p. 170). Estas metáforas biológicas, según Gustavo Bueno, "dinamizan" la distinción base-superestructura cuyo principal defecto, viene a sostener en *El Mito de la Cultura*, es su carácter estático. "Esta metáfora sugiere una visión estática de la realidad. La base es el soporte y las superestructuras vienen a ser una excrecencia, una floración que puede tener alguna reacción sobre la base, pero que no se sabe muy bien cual pueda ser su función en la producción (...) La base soporta, sin duda, a la superestructura pero no como los cimientos soportan los muros del edificio, sino como el tronco de un árbol soporta las hojas o como, mejor aún, los huesos del soportan los demás tejidos del vertebrado: las hojas no son meras secreciones del tronco, sino superficies a través de las cuales se canaliza y se recoge la energía exterior que hace que el tronco mismo pueda crecer; los tejidos del vertebrado no brotan de los huesos, sino ambos del cigoto. Por consiguiente, las superestructuras desempeñan el papel de filtro, canales, &co. (...)" (op. cit. p. 232). En el texto he argumentado bajo formas diversas el carácter necesariamente "estático" y "abstracto" de la distinción. En realidad, debe conjugarse esta distinción con otras que Marx tallara en un sentido verdaderamente "dinámico", como la correspondencia/contradicción entre desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción que traban o no ese desarrollo. Esto es: en el materialismo histórico hay coordenadas disponibles tanto para el establecimiento de "cortes" estáticos en una sociedad, como para el análisis "desplegado" en el tiempo de una determinada formación social. Así pues, no veo la distinción como "estática" ni como "defectuosa", pues en los análisis positivos que se realicen, lo inexcusable es ponerla en movimiento en su conjugación con otras distinciones y elementos conceptuales del marxismo.

Si es importante, y en esto coincido con la interpretación del profesor Bueno, no separar mecánicamente, en dos sacos, los términos básicos, y en otro saco los términos supraestructurales. En la realidad fenoménica, práctica (ver texto) estos términos aparecen soldados, en estado mezclado. Sólo las juntas se llegan a hacer ostensibles cuando empiezan a cortocircuitarse los flujos entre lo básico lo supraestructural